

LIBRO SESTO.

Consideraciones sobre los sucesos de la Vendée.—El gobierno difícilmente hubiera podido evitarlos.—Dificultad de extirpar de la sociedad un derecho político antiguo.—Larga lucha entre el derecho antiguo y el nuevo.—El 4 de junio se toca la campana en Vendée.—Saint Fiacre.—Recuerdos históricos.—La sublevacion no es mas que parcial.—La autoridad estando ya sobre aviso obra con vigor.—Primeros combates, primeros reveses.—Valor desplegado de las dos partes.—Dos de los principales encuentros.—Combate de la encina.—Muerte del conde de d' Hanache, de M. Fregolin y de M. Augusto de Bonreueil.—Anécdota sobre M. Augusto de Bonreueil.—María Carolina se dirige por una marcha forzada al lugar de la reunion.—Peligros que corre.—El Bosque de la Roche-Serviere.—La princesa se ve á punto de ser presa.—Pasa una noche en un castillo y continúa su marcha.—Su sentimiento de no haber podido hallarse en el primer encuentro.—Al dia siguiente cura á un herido.—Nuevos peligros.—La patrulla.—Una reunion formada en el castillo de la Penissiere.—La tropa de linea se dirige hácia aquella parte.—Relacion del combate del castillo de la Penissiere.—Corre el rumor de que María Carolina habia quedado sepultada bajo los escombros de aquel edificio.—Resultado desventajoso de otros muchos encuentros.—María Carolina pierde la esperanza de excitar una sublevacion general.—Sus fuerzas se hallan agotadas por la vida de fatigas que lleva desde su entrada en Vendée.—Pormenores sobre esta vida.—Valor de Madama.—Afecto que la tienen los paisanos vendeanos.—Adhesion ingeniosa.—No se encuentra persona en Vendée para denunciar á María Carolina.—El resultado del armamento de 1832 y los sucesos de Paris deciden á Madama á buscar por algun tiempo un asilo.

Cosa triste y deplorable son esas luchas intestinas que, poniendo á los hijos de una misma patria las

armas en la mano, dividen el mismo pueblo en dos naciones enemigas, la misma comarca en dos campos, estableciendo principio contra principio, bandera contra bandera. No es á nosotros á quien se encontrará insensibles á los males de la patria. La sangre francesa pesa gravemente sobre nuestro corazón, y para deplorar la herida de donde corre, no necesitamos mirar antes la cucarda. Pero esta profunda tristeza que se apodera de nosotros en el momento de recordar los males de la guerra interior, no debe impedir á la razon política el reconocer que era muy difícil evitar los acontecimientos de 1832, porque estaban, como se ha dicho, en la fatalidad de la situacion.

No es una empresa fácil la de llegar á crear en una familia un orden de sucesion política, gracias á el cual el poder se trasmite sin sacudimiento alguno de generacion en generacion. Son necesarios siglos para que la prescripcion, esa gran creadora de las instituciones humanas, produzca, por medio de un trabajo asiduo, aquel derecho político que, por una consecuencia, cuyo motivo puede cada uno conocer, cuesta casi tanto el destruir, como ha costado el fundar; á la manera de una inmensa encina á la que han sido necesarios muchos años, muchas estaciones con sus vicisitudes de calores y hielos, muchos hermosos dias y muchas tempestades para profundizar sus raíces en el suelo; cuando un pueblo se decide á derribar el árbol secular, todo lo que reposaba bajo su vasta sombra y estaba protegido á su abrigo, es anonadado bajo esta gran ruina, y largo tiempo despues la tierra permanece inculta y como despedazada bajo el peso de la antigua encina, que aun ostenta á la luz del Sol sus formidables restos. Se lee en la historia de la revolucion que la estatua de Luis XIV, que se eleva-

CATILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA INTERRAS  
D. A. N. E. I.

ba sobre un pedestal en medio de la Plaza Vendôme aplastó en su caída á los hombres que la habian derribado. Esta es la imagen de un derecho político que cae.

Los pueblos deben, pues, indagar bien, antes de emprender la difícil tarea de crear un nuevo derecho político, si habrá alguna transacción posible con el derecho político antiguo, y si su destrucción se presenta con un carácter, no solamente de interés poderoso, sino de necesidad política. En efecto, si un derecho consagrado por la sancion del tiempo, es una salvaguardia para los Estados que le conservan, cuando se llega á proscribirle se vuelve un azote, durante un largo período, para los Estados que le desechan. Los siglos solos, esos laboriosos obreros, son los únicos que pueden estirpar de una sociedad un derecho político que ellos mismos han fundado, y solo despues de terribles convulsiones, de conmociones violentas, de una lucha sin cesar renovada, de una lucha que tiene sus repeticiones; aun despues de largo tiempo es cuando la cuestion se resuelve definitivamente, y el derecho antiguo desaparece para hacer lugar al derecho nuevo. En tanto que este momento, dura y caramente comprado, y ante el cual perecen algunas veces las sociedades á consecuencia de la lucha, en tanto, decimos, que no ha llegado este momento, el derecho político antiguo aprovecha todas las ocasiones de presentarse delante de la sociedad, y de apelar de una sentencia que no cree definitiva.

Nosotros no juzgamos aqui el hecho, le establecemos tal como la razon política y la esperiencia nos le muestra. La sublevacion de 1832 que vamos á representar, es una de aquellas convulsiones, resultado de unas situaciones llenas de peligros como las que hemos indicado.

El 4 de junio, antes de salir el sol, sonó el toque de alarma en muchos puntos de la Vendée que no estaban ocupados por tropa de línea.

Una de las principales reuniones se formó en Saint Fiacre, nombre de una antigua fama. Allí fué donde se habia hecho oír en 93 el primer toque de campana que llamó las provincias del Oeste á las armas. Pero esta vez la sublevacion no fué mas que parcial: solo un corto número de parroquias se levantó: la contraorden producía su efecto. Además, las autoridades militares, que habian tenido tiempo de ponerse en actitud, obraban con vigor y se dirigian con fuerzas superiores sobre todos los puntos en que se formaban reuniones. Hizose, pues, imposible el concentrar un número considerable, y dar aquel gran golpe, con el que parecia tan importante abrir la campaña. En lugar de obtener sucesos, se sufrieron reveses: entonces fué necesario renunciar á la esperanza de atraerse una parte del ejército, no siendo creible que se reuniese á un partido vencido: y por otra parte, la masa de la poblacion desalentada con este principio, permaneció espectadora del movimiento, en vez de mezclarse en él.

Es necesario decirlo? Hubo sin embargo, hermosos encuentros de armas, diéronse brillantes combates en aquella guerra tan corta que comenzó en 4 de junio. De las dos partes habia franceses; de las dos hubo valor; porque nosotros no consentiremos jamás en hacer pesar sobre el ejército la reconvention de aquellos cobardes asesinatos, cuya vergüenza ha quedado reservada á los que los cometieron. Los vendeanos no desmintieron su antigua nombradía militar. Púdose reconocer en ellos á los hijos de aquellos hombres, cuyo retrato trazaba así el convencional Merlin de Thionville, el dia siguiente al del combate

REPUBLICA ARGENTINA  
SECRETARIA DE INTERIOR  
D. A. N. E.  
CALLE ALFONSO

de Savenay, en una carta dirigida á uno de sus colegas:

«Yo los he visto y los he examinado bien: son las mismas figuras de Chollet y de Lavál. A su aspecto, á su continencia, te juro que no faltaba de soldados mas que el vestido. No sé si me engaño, pero esta guerra de salteadores y de paisanos, que tanto se ha ridiculizado, y que se afectaba mirar como despreciable, me ha parecido siempre formidable para la república, y me parece que al presente con los otros enemigos, no haremos mas que escaramuzear.»

Dos de los principales encuentros de la guerra de 1832, son los que tomaron el nombre de la Encina, y del castillo de la Penissiere, lugares que fueron teatro de ellos.

No habia en la aldea de la Encina mas que una reunion de cuatrocientos vendeanos, de los cuales apenas estaban armados doscientos; pero tenian á su cabeza antiguos oficiales de la guardia, de un valor experimentado, y que habian venido á traer á los realistas del Oeste una ciencia militar adquirida sobre el campo de batalla. Un numeroso destacamento llegó con el objeto de desalojar aquella pequeña tropa de la posicion que habia tomado á la espalda de la aldea de la Encina, sobre una linea de bosque que le servia de apoyo. El destacamento fué recibido con vigor, y trató inutilmente de dispersar á los vendeanos. Estos por medio de nuevas descargas, rechazaron, á los que intentaban el asalto, fuera de la linea de que querian apoderarse. Fué necesaria la llegada de un batallon entero para decidir la accion, y solo entonces fué cuando el gefe que mandaba la reunion dió la señal de retirarse.

Las pérdidas habian sido numerosas de ambas

partes: las de los realistas fueron crueles. Allí sucumbieron el valiente conde d'Hanache, antiguo oficial de la guardia real, y M. de Tregolin, de Rennes, M. Augusto de Bonreueil, procedente como d'Hanache, de la guardia, habia tenido en el combate las dos piernas fracturadas. Arrastróse á alguna distancia, y no pudiendo ir mas adelante, se tendió en tierra. Un guardia nacional de una aldea inmediata pasó á poca distancia de él: era un adversario político; pero M. de Bonreueil sentia aproximarse sus últimos momentos, y pensaba que todos los resentimientos se detenian en presencia de la muerte. Por otra parte, no pedia á este hombre ni socorro ni compasion. Pidióle, poniéndole en la mano la mitad del oro que contenia su cinto, un sacerdote que le asistiese en su última hora: porque en aquella tierra heróica de la Vendée, despues de haber combatido como soldado, se muere como cristiano. Este hombre tomó el oro, se ausentó, y no desempeñó la sagrada mision que habia aceptado. No se avergonzó de substraer un supremo consuelo al moribundo que iba á comparecer delante de Dios, ni de robar la bendicion de un sacerdote á aquella agonía. Mas la providencia quiso que un paisano Vendeano pasase á poco tiempo despues. M. Augusto de Bonreueil, cuyos padecimientos se aumentaban por momentos, le pidió el mismo servicio que habia pedido al guardia nacional, ofreciéndole el oro que le restaba. El vendeano rehusó el oro, y trajo inmediatamente un sacerdote: no quiso vender la señal de la cruz á un cristiano que moria. M. de Bonreueil se confesó como Bayardo, arrimado á un árbol, y sobre el mismo campo de batalla en que habia caído: hecho esto, se le trasportó para darle otros socorros; pero murió á consecuencia de las amputaciones que

la gravedad de las heridas habian hecho necesarias.

Mientras que así se combatia cerca de la aldea de la Encina, donde estaba la duquesa de Berry, llegaba ésta apresuradamente para asistir en persona á la primera accion que se daba en el Oeste. Mas para venir á buscar un nuevo peligro, era necesario que atravesase por otros muchos. Puesta en marcha la noche del 31 de mayo, desde las cercanías de Legé, estuvo detenida por los horribos caminos del bosque de la Roche-serviere. En Vendée puede decirse que los caminos corren entre dos riberas, según lo profundamente encajonados que están. A cada paso se encontraban barrancos que era necesario atravesar, y lodazales en donde los caballos se metian hasta las cinchas. Por un momento se encontró María Carolina separada de sus guias, perdida en medio de aquella selva, sin saber á qué parte dirigir sus pasos. Encontráronla al fin, pero la princesa no llegó hasta muy entrado el día al punto convenido á donde debía llegar de noche. Esta era una circunstancia desagradable, porque las columnas movibles surcaban el pais, y podia ser hallada dirigiéndose al castillo, donde se la esperaba con una inquietud mortal.

Refugióse, pues, en la casa mas cercana, que pertenecía á una parienta del vendeano que debía ser su huésped. Las dos hijas de éste, montaron en un jumento y llegaron hasta la casa de su tia, con el objeto de indagar noticias de la duquesa de Berry. Encontráronla allí, y María Carolina cambió al momento de trage con una de las dos hermanas, montó en el jumento con la otra, y tomó el camino de su morada. Para dirigirse á ella era necesario seguir el camino real. Pocos instantes antes de llegar á él

encontraron un oficial colocado en aquel parage con un destacamento: como él habia hecho la vispera una visita domiciliaria en el castillo, conocia á las hijas del propietario. Al ver pasar á las dos viageras, dijo bastante alto para que ellas lo oyesen, que le parecia bastante extraordinario verlas atravesar el pais sin nadie que las acompañase. Pero Madama llevaba un velo que él no la hizo levantar, engañado como lo fué por el vestido, y de este modo pudo evadirse.

María Carolina no permaneció mas que una noche en el castillo, donde á cada momento podia ser descubierta y presa: por difícil que fuese la salida, no vaciló: pasó resueltamente por delante de los centinelas que rodeaban por fuera la casa, y se alejó favorecida por la noche. Ella habia dicho al hijo del vendeano que la habia dado hospitalidad. «Salgamos de aquí, aunque debiésemos sufrir la descarga de todo un regimiento.»

Desde allí fué á encontrar asilo en un molino, y despues en una granja situada á poca distancia de Nantes. En la noche del 4 al cinco varios gendarmes, desarmados en el puente James, viaieron á pedir abrigo en la misma casa. En medio de aquellas alarmas continuas, daba órdenes, recibia pliegos, tenia conferencias con las personas influyentes del pais, y parecia multiplicarse para bastar á todas las exigencias de la situacion. Habia hecho partir á uno de los vendeanos que la seguian para que viniese á informarla de los sucesos: él debía averiguar dónde se encontraba la reunion mas numerosa, á la que pensaba ir á unirse; pero su mensajero, cortado por una columna, no pudo volver hasta muy entrada la noche. Encontróla en un estado de impaciencia febril, que se cambió en violenta desesperacion cuando supo que acababa de darse la accion.

No estaba, sin embargo, lejos del campo de batalla, porque al día siguiente un herido de la acción de la víspera, que había pasado la noche en el bosque, se presentó en la granja. Madama quiso curarle por sí misma; la sangre reseca había pegado la manga de la camisa á la carne; fué necesario arrancarla. Maria Carolina palideció por de pronto al aspecto de la herida, y se vió obligada á salir de la atmósfera calorosa de la sala baja para respirar el aire de afuera. Pero volvió á entrar bien pronto, diciendo: «Creerán que no tengo valor;» y con una jóven vendedeana, de familia noble, que la acompañaba, hizo la primera cura.

Apenas se había concluido, cuando se vió presentarse una patrulla que se dirigía hácia la casa. Maria Carolina y las personas que la acompañaban, se ocultaron precipitadamente en un profundo foso. «Si hubiesen sido descubiertos por los soldados, dice el general Dermoncourt, el primer aviso que hubieran recibido habria sido una descarga.»

El mismo día en que se efectuó el combate de la Encina, el castillo de la Penissiere era testigo de una escena aun mas sangrienta. Los pormenores de este encuentro son tan extraordinarios, y se está tan dispuesto, en este siglo, á poner en duda lo maravilloso, aun cuando son franceses los que combaten, y cuando se trata de valor, que nos ha parecido mas conveniente dejar esta relacion á la pluma de un adversario. Entre tantas otras, hemos elegido la del general Dermoncourt. *La narracion de un valiente experimentado, dice Gaspar de Tabanes en sus memorias, es diferente de los cuentos del que jamás ha ensangrentado sus manos sobre sus enemigos en el campo de batalla.*

He aquí la narracion del general Dermoncourt.

«Una reunion de Chuanes había sido tramada para el 6 de junio en el castillo de la Penissiere de la Côte, situado á legua y media de Clisson. Su objeto debía ser dirigirse sobre Cugan y la Bruffieres á desarmar la guardia nacional. A las nueve de la mañana estaban reunidos allí en número de cuarenta y cinco. Casi todos eran de familias distinguidas: sus gefes dos hermanos, ambos antiguos oficiales de la guardia real: tenian además con ellos dos pobres paisanos, que habiendo aprendido en Nantes á tocar la corneta de cazadores, componian su música.

»El ayudante mayor del 29, habiendo sabido en ausencia del gefe del batallon George que ésta reunion debía efectuarse, tomó consigo cuarenta y cinco cazadores y dos gendarmes, y se encaminó al sitio indicado. Llegado á él, reconoció que este destacamento no era suficiente para cercar la posesion, defendida por un muro que se une á la cerca del parque. Destacó un gendarme inmediatamente pidiendo refuerzo, y se le enviaron noventa hombres, que fueron seguidos muy luego por otros cuarenta mandados por el teniente Saneo. El ayudante mayor ordenó al momento el ataque; pero despues de una corta defensa, el muro exterior fué abandonado, y los chuanes se retiraron á la habitacion, cuyas puertas barricaron.

»Entonces se distribuyeron en el piso bajo y en el principal; colocaron en cada uno de ellos un trompeta que no cesó de tocar durante todo el combate, y principiaron á hacer desde las ventanas un fuego vivísimo, y hábilmente dirigido. Dos veces llegaron los soldados á veinte pasos del castillo, y las dos fueron rechazados.

»El mayor ordenó un tercer ataque, y en tanto que se preparaba, cuatro hombres ayudados de un

albahil, avanzaron hácia el castillo, eligiendo un costado de la casa que no tenia ventana alguna sobre el jardín, y cuya aproximacion por consiguiente no podian defender. Llegados ya al pie del muro, arrimaron á él una escalera, y subiendo hasta el tejado, que descubrieron, arrojaron á lo interior del granero varias materias inflamadas y se retiraron. Al cabo de un momento salió del tejado una columna de humo, á la que siguió un torbellino de llamas.

»Los soldados arrojaron entonces grandes gritos y marcharon de nuevo hácia la pequeña ciudadela, que parecia haber enarbolado un estandarte de fuego. Los sitiados habian advertido desde luego el incendio, pero no tenian tiempo de apagarlo; y además la llama dirigiéndose siempre á elevarse, esperaban que devorado el techo, se extinguiria por sí misma por falta de alimento. Asi pues, respondieron á los gritos de nuestros soldados con un tiroteo tan vivo como el primero; durante este fuego continuo, los trompetas no cesaron de tocar un momento sus sonatas guerreras.

»A este tiempo, el gefe del batallon George llegó con un nuevo refuerzo, y habiendo ordenado al momento tocar á ataque, los soldados á porfia se precipitaron sobre el castillo. Esta vez llegaron hasta las puertas y los zapadores principiaron á trabajar para derribarlas. Los gefes de los Chuanes mandaron á los que se encontraban en el piso bajo subir al principal: estos obedecieron, y en tanto que los zapadores derribaban las puertas, y que la mitad de los sitiados continuaba el tiroteo, la otra mitad agugerecaba el suelo desenladrillándole; de suerte que en el momento en que los soldados se precipitaron en el interior, fueron recibidos por un tiroteo á boca de jarro dirigido sobre ellos por entre las bobedillas. Viéronse

obligados á retirarse, y los Chuanes acompañaron su retroceso con un redoble de música, y los gritos de viva Enrique VI

»El gefe del batallon mandó hacer en el piso bajo lo que se habia hecho en el granero; en consecuencia, los soldados avanzaron provistos de hachas embreadas y leña seca, arrojóse todo por las ventanas á lo interior del castillo, y al cabo de diez minutos los sitiados se encontraban entre dos fuegos, con un incendio sobre la cabeza y otro debajo de los pies. Parecia imposible que pudiesen evadirse de la muerte, y el tiroteo, que no habian interrumpido, aparentaba ser la última venganza de la desesperacion.

»La posición era, en efecto, horrorosa. El incendio se iba apoderando de los cuartos, y el humo que llenaba las habitaciones salia en torbellinos por las ventanas. La guarnicion, pues, no tenia otra eleccion que la del género de muerte: ser abrasada por las llamas, ahogada por el humo ó pasada á cuchillo por nuestros soldados.

»Los gefes tomaron un partido desesperado, que fué el de hacer una salida; pero como era necesario para que ofreciese alguna esperanza, que fuese protegida por algun tiroteo que ocupase á nuestros soldados, preguntaron quienes eran los que querian sacrificarse por sus camaradas. Ocho se ofrecieron.

»La tropa se dividió, pues, en dos pelotones: treinta y cinco hombres y uno de los trompetas debian intentar el ganar una de las estremidades del parque, cerrada solamente por un seto vivo. Los otros ocho, con los que quedaba el otro trompeta, debian proteger esta tentativa. Los dos hermanos se abrazaron, porque se separaban para no volverse á ver: el uno mandaba los ocho hombres que quedaban en

el castillo; el otro se ponía á la cabeza de la salida.

»En consecuencia de estas disposiciones, y mientras que la pequeña guarnicion continuaba de ventana en ventana, un fuego bastante nutrido, los otros atravesaban el muro opuesto al que nuestros soldados daban frente. Concluida la brecha, salieron en buen orden, con su trompeta á la cabeza, marchando al paso de carrera, hácia el extremo del jardín donde se encontraba el seto.

»Su retirada fué saludada con una descarga general de fusileria, que les mató dos hombres; un tercero, uno de los dos gefes, herido mortalmente, fué á espirar al pie del seto: el trompeta que marchaba á la cabeza, fué herido de tres balas, sin cesar no obstante de tocar. Es sensible no poder hacer conocer los nombres de semejantes hombres.

»La posicion de los ocho combatientes que habian quedado en el castillo, se hacia por momentos mas peligrosa: las vigas abrasadas crugian y amenazaban hundirse bajo el peso de los sitiados. Entonces se replegaron á una especie de hueco cerrado por un pedazo de tabique, resueltos á defenderse allí hasta el último extremo. Apenas estaban en él, cuando el suelo vino á bajo con un estrépito horroroso. Los soldados arrojaron un grito de placer, porque habiéndose apagado al mismo tiempo el tiroteo, creyeron que la guarnicion habia quedado sepultada bajo los escombros. Este error los salvó.

»Cuando los sitiados vieron á los combatientes convencidos de que ellos habian caido en la hoguera, se mantuvieron inmóviles. Nuestros soldados, por su parte, se alejaron con repugnancia, de un lugar que devoraba á la vez á amigos y enemigos: despues, avanzándose la noche, ya á este tiempo, á favor de

la oscuridad, los ocho hombres que se creian enterados entre las ruinas y devorados por las llamas, se escurrieron como sombras á lo largo de los muros, llegaron sanos y salvos al seto por donde se habian retirado sus compañeros, de suerte que no quedó sobre el teatro del combate, poco antes tan animado, tan ruidoso, mas que la casa abrasada y humeante apagándose en medio del silencio; y al rededor de ella los cadáveres iluminados por los últimos resplandores del incendio.»

Esparcíose el rumor de que la duquesa de Berry habia sido sepultada bajo las ruinas del castillo de la Penissiere. Muchos periódicos de París lo anunciaron, y sus amigos deploraron un instante su muerte. María Carolina, llegaba, como se ha visto, un momento antes que comenzase la lucha; pero como en todas partes las reuniones, advertidas por el pequeño número que concurría, de que las probabilidades estaban contra ellos, se dispersaban por orden de sus gefes; despues de un primer encuentro, María Carolina no pudo dirigirse como deseaba al campo de batalla.

Las acciones de la Penissiere, de la Encina, de Maisdon, de La Caraterie, de Riailé habian tenido el mismo resultado. La escision que se habia efectuado entre los gefes vendeanos con motivo de la oportunidad de la accion, impedia á las masas levantarse. María Carolina no podia ya conservar la esperanza de escitar aquel movimiento general, sobre cuya fé habia desembarcado en Francia. Por otra parte, la vida que llevaba desde su llegada al Oeste, hubiera fatigado una organizacion de hierro: aquellas noches sin dormir, aquellos dias sin seguridad, aquellas continuas correrías, aquella existencia errante que se paseaba de asilo en asilo, de peligro en peligro;

aquellas marchas trabajosas ejecutadas casi siempre de noche, frecuentemente á pie, algunas veces á caballo, por caminos impracticables al través de lagunas pantanosas, por campos herizados de vallados que era necesario franquear, ó plantados de viñas rastreras que estienden bajo los pies del viagero sus enredados sarmientos; tantas molestias habian agotado las fuerzas de María Carolina. El camino que los soldados evitaban, como demasiado malo, era el suyo; las profundidades en que ellos no se atrevian á aventurarse, y que dejaban tras sí como impenetrables, ella las penetraba.

En medio de tantas pruebas conservaba la alegría de su carácter, y toda su presencia de ánimo. El afecto que encontraba en las poblaciones del Oeste la consolaba de todo, porque la Vendée no adopta á medias, ella pone en sus afectos toda la energía de sus costumbres. Los vendeanos viendo á Madama tan vendeana, se habian decidido á amarla con todas sus fuerzas. Su adhesion les hacia ingeniosos en las precauciones que tomaban para la seguridad de la princesa. Cuántas veces los paisanos despues de haber conducido á María Carolina, durante una marcha de noche, desde un retiro amenazado á un asilo mas seguro, no volvian al amanecer por los mismos pasos para borrar sus huellas que la pequeñez de su pie podia hacer notables? La policía con sus asalariadas previsiones no podia luchar contra esta prevision del corazon. En vano daba las señas de la proscripta, prometiendo una rica recompensa al que entregase tan gran presa. La deslealtad y la traicion, esas plantas bajas y rastreras, no germinan en el suelo de la Vendée; entre aquellas poblaciones que conocian el secreto de Madama, no se encontró un brazo para prenderla, ni una voz para denunciarla.

Ya lo hemos dicho; no obstante la vida que disfrutaba la princesa, aquella vida de marchas y de contramarchas no podia durar mas tiempo sin que sucumbiese á la fatiga. Decidióse, pues, á buscar un asilo seguro, en donde pudiese esperar una ocasion favorable, inclinándose tanto mas á abrazar este partido, cuánto los sucesos que acababan de pasar en la capital, habian puesto en las manos del gobierno medios extraordinarios, de los cuales se servia para herir á la vez á todos sus enemigos.

